

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

PASTORAL DEL SEÑOR OBISPO DE SALAMANCA.

Nos el Dr. D. ANASTASIO RODRIGO YUSTO, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica Obispo de Salamanca, caballero comendador de la real y distinguida orden española de Carlos III, del Consejo de S. M., etc.

(Al venerable Dean y Cabildo de la santa iglesia catedral, á los respetables párrocos y demas individuos del clero y á todos los fieles de nuestra diócesis: salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.)

Al dirigiros por primera vez la palabra en cumplimiento del cargo pastoral, á que *no por nuestros méritos, sino segun el propósito de la divina voluntad*, hemos sido llamados, quisiéramos que nuestras exhortaciones fuesen precedidas del ascendiente de una gran reputacion de ciencia y de virtud, y acompañadas de la fuerza moral que llevan siempre consigo brillantes cualidades personales; pero no nos es dado lisonjarnos con tan halagüeñas esperanzas. Conocemos demasiado nuestra pequeñez; tenemos muy vivo el sentimiento de nuestra flaqueza para que podamos abrigar semejante presuncion. El Señor, en sus inescrutables designios, ha querido, para realzar sin duda el mérito de vuestra obediencia y hacer mas sensible su maravillosa accion sobre el gobierno de la Iglesia, que no podamos ofrecer á vuestros respetos otros títulos que la mision legitima que

se nos ha confiado cerca de vosotros, y el sagrado carácter episcopal de que nos hallamos revestidos. Estas son las credenciales con que nos presentamos á llenar los graves deberes de padre y Pastor vuestro, y las únicas que nos recomiendan al clero y pueblo de esa vasta diócesis. Afortunadamente no ha menester mas vuestra proverbial religiosidad, acostumbrada á hacer abstraccion de las circunstancias y dotes particulares del Prelado, para no ver en él sino al *ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios*, ó al *embajador de Cristo* para con los fieles *cuya voz les manda escuchar*. Con tan benévolas disposiciones os haríamos una ofensa si desconfiáramos de ser oidos por vosotros con cristiana docilidad. Lejos de eso, estamos íntimamente persuadidos que acogereis nuestras instrucciones y consejos con la misma respetuosa sumision con que vuestros padres acogieron siempre los de sus Obispos, y vosotros mismos habeis recibido los del celoso y sabio Prelado que la Providencia destina á regir otra diócesis mas estensa y de mayor categoria en el orden gerárquico. No le sucedemos, es verdad, en el saber y en la virtud; distantes nos hallamos de poseer las dotes de gobierno que tan fecundo han hecho en esa diócesis su breve pontificado; pero al ocupar la silla que han ilustrado tantos varones respetabilisimos, ni sentimos deseos

menos ardientes por vuestro bien que todos ellos, ni vuestra eterna salud nos inspira menos interes. Esperamos, pues, que el Señor bendecirá vuestras rectas intenciones, *consumará la obra que ha comenzado* con nuestra eleccion para esa Santa Iglesia, y nos dará fuerzas para llevar la formidable carga que, á nuestro pesar, ha impuesto sobre nuestros débiles hombros.

Poseidos aun del santo temblor con que recibimos la primera noticia de nuestra presentacion para ese obispado, damos principio á nuestro ministerio saludándoos afectuosamente y con toda la efusion de nuestra alma. La paz del corazón os deseamos, y juntamente con ella copiosas bendiciones del cielo, como precursoras de la calma imperturbable y dichosa á que estamos destinados en la vida inmortal. En esto se cifran vuestros mas caros intereses, y á este fin deben encaminarse vuestros conatos y vuestros esfuerzos. Pero, hermanos é hijos muy amados, ni la paz del corazón, hija de una buena conciencia, ni la dicha á que podemos aspirar, mientras estamos como de paso en la tierra, pueden encontrarse fuera de la Religion del Crucificado. En vano las buscaréis en los senderos de los que no temen á Dios: el Espíritu Santo nos ha dicho que *no hay paz para el impío*, y que *su vida está llena de amargura y de infelicidad*. Esa paz verdadera, que tanto recomendó el Salvador á sus discipulos, que es el legado mas precioso que ha dejado á los fieles, y una necesidad imperiosa nuestra alma, solamente se obtiene permaneciendo firmemente adheridos á la divina enseñanza de la Religion que nos la procura. Si los ánimos se ven hoy tan inquietos y desasosegados; si un malestar profundo aqueja á todos los espíritus: si, á pesar de esa agitacion febril con que se exploran y tantean todos los medios de gozar, se experimenta, sin embargo, en todo un vacío desconsolador, es porque en la época que atravesamos se prescinde de las máximas de la Reli-

gion, y se siguen caminos por donde ella no alumbra ni guía. Hé aquí por qué nos hemos propuesto por objeto de esta carta pastoral llamar vuestra atención hácia este punto de suma gravedad é importancia. Al transmitir la doctrina que de Jesucristo hemos recibido, nuestro lenguaje no podrá menos de alarmar las pasiones; pero *dejáramos de ser siervos de Jesucristo si guardáramos contemplacion con ellas*, ó contemporizáramos con los vicios. *Una cosa pues, hay necesaria*, os diremos con el Redentor del mundo; la salvación de nuestras almas en la eternidad; y el único medio para conseguir este fin, es el permanecer constantes en la fé que Jesucristo nuestro Maestro se ha dignado revelarnos, observando sus preceptos, no segun las interpretaciones de nuestra opinion, sino segun las declaraciones de la Iglesia. Solo así pueden percibirse los frutos de la redencion, que nos ha reintegrado en nuestros perdidos derechos, y no de otro modo lograremos *nuestra santificacion, que es la voluntad de Dios*. Reconocemos con gran consuelo nuestro los sentimientos de cristiana piedad que animan á nuestros amados diocesanos; pero no podemos menos de recordaros que es preciso *perseverar hasta el fin para conseguir la recompensa*. *El que, puesta la mano en la esteva, vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de los cielos*. La palma del vencedor está suspendida al extremo de la carrera, y solo podrá recogerla *y ser coronado el que legítimamente hubiere combatido en la arena*. A que conserveis la fe de vuestros mayores se dirigen nuestras exhortaciones, tanto mas necesarias, cuanto mayores son los peligros á que en los tiempos presentes se halla espuesta por los errores que circulan y los lazos que se tienden á vuestras religiosas creencias.

El espíritu de tinieblas, que se ha complacido siempre en estraviar la inteligencia para corromper el corazón, redobla hoy sus esfuerzos, sembrando

maligno entre los hombres *doctrinas peregrinas y estrañas, contra las que debemos vivir precavidos* segun la amonestacion del Apóstol. En los dias que alcanzamos ha logrado introducir en el mundo máximas verdaderamente infernales, sirviéndose, como de órganos para ensalzarlas y propagarlas, de hombres pervertidos y descarriados, que cerrando los ojos á la luz *se levantan ciegos y rebeldes contra ella*. Constante en el empeño de disputar á Dios los homenajes que le son debidos, atiza el orgullo del hombre pretendiendo divinizar su razon. De aquí nacen esas altivas aspiraciones de independendencia con que le alucina; esa mentida soberanía de la razon con que le ofusca, y ese desórden intelectual y moral con que amenaza trastornar al mundo. Para resistir, hermanos carísimos á sus tentativas no hay mas armas que la fé; como nos enseña el Apóstol San Pedro. Ella nos suministra el último criterio para preservarnos de ese cúmulo de errores, de ese laberinto de sistemas y teorías que han convertido al mundo en una nueva Babel. Todo cuanto se oponga; todo lo que contradiga á las enseñanzas de eterna verdad, que la verdad por esencia, Jesucristo, nos ha manifestado; todo lo que no esté en armonia con las máximas que la Iglesia, fiel depositaria de la revelacion nos enseña, es un error, es una mentira. No se necesitan serios estudios para rechazarlo; basta oír con docilidad las prevenciones de la Iglesia por la voz de nuestros pastores. Por autorizadas que sean las personae que lo sostengan, nunca lo serán tanto como los ángeles: y sin embargo, el Espíritu-Santo nos advierte la necesidad de anatematizar toda doctrina contraria á la doctrina de la Iglesia, aunque fuera anunciada y predicada por un ángel.

Todos estos errores se encaminan á emancipar nuestra debil razon de la benéfica tutela de la fe, que impide nuestros desvarios, y tienden á relajar los vínculos de la subordinacion, en que descansa toda sociedad posible. La

Providencia ha permitido que confirme la solidez de las verdades reveladas la esperiencia misma de los funestos resultados que han producido tan insensatas teorías; pero es sensible que sean precisos tan amargos desengaños para convencer á los hombres del germen de disolucion que encierran en su seno. Todas ellas, hermanos carísimos, si bien se observa; parten de un principio de incredulidad. En su fondo no se ve al hombre degenerado por el pecado de origen, ni al hombre de limitada razon y posibilidad que ha menester de la gracia del Señor, no solo para hacer el bien, sino hasta para pensar en él, como nos muestra la fe. Desconociendo dogmas tan importantes de nuestra creencia, y suponiendo al hombre en el estado de pura naturaleza, ó naturalmente bueno, no es estraño que consideren á la Religion como un estorbo y una traba para el desarrollo de la inteligencia, y á la organizacion social como un medio de esclavizar á los mas en favor de los menos, ó de hacer felices á pocos á costa de muchos. No es estraño se hagan tantas y tan quiméricas ilusiones sobre el risueño porvenir que espera á la humanidad para cuando se haya librado de esta doble tirania. Segun el lenguaje de estos filósofos, que se erigen en maestros del linaje humano, deberíamos borrar de la Escritura Santa ese sinnúmero de sentencias que nos descubren nuestra propension al mal, nuestra infelicidad y miseria, y el trabajo con que peregrinamos hácia la patria celestial. Guardaos, hermanos carísimos, guardaos de prestar atencion á esas doctrinas peligrosas que os adormecerian al borde del abismo. A los discursos fascinadores en que se prononizan, contraponed la elocuente sencillez del Evangelio; y á los inciertos derroteros que señalan á la humanidad, el destino fijo é ineluctable que la bondad y la justicia de Dios la tienen reservada conforme á sus obras. Seguid dóciles el camino que nos descubre *esa luz divina que ilumina á todo hombre*

que viene al mundo, y no deis lugar á que por vuestra ingratitud se retire de nuestro suelo, dejándoos sumidos en horrorosas tinieblas.

El conducto ordinario por donde se propagan máximas tan detestables es la prensa, y en vano miraríais con aversión los funestos errores que acabamos de indicaros, si al mismo tiempo no rechazais los volúmenes y folletos en que se enseñan, y con cuya lectura es casi segura la perversion de los incautos. El menor mal que pueden causar en vuestros ánimos, y sobre todo en el de la inesperta juventud, es introducir la vacilacion y la duda en la fe: duda y vacilacion que tarde ó temprano suele concluir por un fatal desprecio de todo lo mas sagrado. La generalidad de los fieles carece de suficiente instruccion para distinguir en esos escritos, llenos de artificio, el vicio y el error, y corre por consiguiente gran riesgo de estraviarse y corromperse. Evitad, pues, escrupulosamente la lectura de los malos libros, que la Iglesia os prohíbe con tanta legitimidad como justicia. El sabio Pontífice Gregorio XVI compara con razon esos escritos pestilenciales á las langostas salidas del pozo del abismo para inundar y destruir la viña del Señor, y á la copa llena de abominaciones que vió San Juan en la mano de la grande prostituta, abrevando con toda especie de venenos á los que acercan á ella sus labios. Comparacion exactísima, si se tiene en consideracion que de esa raiz emponzoñada nacen la serie de crímenes atroces que nos espantan; la aterradora desmoralizacion que llena de luto á las almas verdaderamente cristianas, y la glacial indiferencia religiosa, si ya no es impiedad, que amargamente lamentamos en nuestros días. Esparcidos por todas partes con asombrosa profusion, penetran lo mismo en el gabinete del literato que en el humilde taller del artesano, llevando la perversidad y depravacion de costumbres á todas las clases, sexos y estados de la sociedad cristiana. Ellos son los que

han provocado la guerra contra Dios y su Iglesia; ellos los que perturban el orden social con sus detestables doctrinas; ellos los que, bajo variadas y á veces deslumbradoras formas, atacan á la familia y á la propiedad; ellos los que, inflamando las pasiones, las hacen violentas y rencorosas; ellos los que ultrajan el pudor con sus lascivas descripciones y pinturas; ellos los que arrancan la virtud del corazon para sembrar en él todos los vicios; ellos, en fin, son los que por todas partes estienden la abominable ciencia del mal. Para preservarse de sus estragos preciso es no mirarlos sino de lejos, como al árbol de la ciencia del Paraiso. Si, imitando á nuestros primeros padres, os dejais arrastar por la curiosidad, se oscurecerá vuestra mente, empezareis como ellos á dudar de las verdades de la Religion y las santísimas reglas de la moral evangélica, y concluireis por aborrecer todo lo que enfrena nuestra orgullosa razon y nuestras indómitas pasiones.

Convencidos de esta verdad; no extrañareis, carísimos hermanos, que respondiendo á los deseos de la Iglesia y al deber que nos impone nuestro ministerio pastoral, os inculquemos con tanta vehemencia esta obligacion importantísima. El peligro es hoy desgraciadamente mayor que en otros tiempos, y por eso no podriamos dejarlo pasar desapercibido sin gravísima responsabilidad de nuestra parte. Nos interesa demasiado vuestra salvacion, para que temamos seros molesto en un punto de tanta trascendencia. Antes, pues, de tomar un libro en las manos, consultad con vuestros párrocos, ó con otros eclesiásticos ó personas virtuosas y doctas, sobre el juicio que les merece bajo su aspecto religioso y moral; y con esta conducta, que os aconseja la misma ley de Dios, os pondreis á cubierto de su maléfica influencia. No os dejéis llevar del solo título de los impresos por mas inocente que sea. Satanás se trasforma con harta frecuencia en ángel

de luz para estender su imperio por medio de esta infernal estratagema. Mas de unavez se ha visto la Iglesia precisada á proscribir y anatematizar doctrinas impías, sediciosas é inmorales, enseñadas arteramente en folletos, hojas sueltas, periódicos y otros escritos, que llevan epígrafes y se proponen al parecer objetos inofensivos. Sobre todo, hermanos muy queridos, absteneos de aquellas lecturas que hayan merecido la reprobacion de los que tienen el deber de indicaros el camino del cielo y apartaros de pastos nocivos.

El deseo de saber es laudable mientras se halla contenido dentro de sus justos límites; pero se hace peligroso desde el momento en que los traspasa. No es el *saber indefinido lo que nos es necesario, sino el saber con sobriedad*, como se espresa el Apóstol. Nuestra inteligencia tiene una esfera propia y muy estensa donde puede ejercer su actividad; pero como todas las facultades del hombre, se halla circunscrita y limitada. La pretension de comprenderlo todo es tan insensata como seria la de poderlo todo; y la insensatez llega á su colmo cuando se arroga el hombre el derecho de juzgar de todo en asuntos de Religion, imaginándose sin duda que Dios no ha podido revelarnos cosa alguna, ó que no nos ha revelado sino lo que somos capaces de comprender. Esa funesta mania de razonar y decidir sobre todo, que es el error dominante de nuestro siglo, no solo rebaja la incomensurable sabiduria de Dios hasta el nivel de nuestras pobres concepciones, sino que sistematiza todas las aberraciones y todos los absurdos. Por eso se han estraviado lastimosamente tantos talentos presuntuosos, que desconociendo el confin saludable que una mano sabia ha puesto á nuestras investigaciones, se lanzaron á regiones misteriosas que les estaban vedadas; se acercaron atrevidos al sòlo del Eterno, y en castigo de su temeridad é insolencia, cayeron deslumbrados en el mas absurdo escepticismo, negan-

do hasta verdades de sentido comun.

Roto el dique sagrado de la sumision á la fe, ¿qué mucho que sobrevengan las inundaciones del error; y que el vicio, á manera de torrente desbordado, se estienda por todas partes? ¿Qué mucho que se pongan en problema, y aun se resuelvan en sentido contrario á la enseñanza católica, los principios fundamentales sobre que descansa la sociedad? ¿Qué extraño es que la Religion y la propiedad, la autoridad y la familia no sean ya, para ciertos hombres lo que siempre fueron para nuestros mayores? Sometidas al juicio de la razon emancipada de la fe las verdades que han acalado con veneracion profunda los sabios mas eminentes, los genios de primer órden de todos los siglos, debia lógicamente suceder lo que desgraciadamente ha sucedido. En lugar de una moral divina, que toma su fuerza y su sancion del cielo, se quisiera establecer una moral sin autoridad, que fácilmente pueda ser eludida; en lugar de una moral invariable y basada sobre los intereses mas sólidos del hombre, que son los de la eternidad, una moral incierta, sujeta á interminables discusiones y fundada sobre intereses pasajeros. Ved aquí, carísimos hermanos nuestros, los amargos frutos que necesariamente produce el quebrantamiento de principio de autoridad. Escarmentemos á la vista de tan funestos resultados, y conformemos nuestras obras, no con nuestras ideas y gustos, conductores ciegos que pueden estraviarnos, sino con las reglas prescritas por la autoridad, que han sido instituidas por el Espiritu Santo para guiarnos al puerto de salvacion.

La moral del Evangelio, y no la de las máximas del mundo, debe ser la única norma de nuestra conducta. Por ella, y no por los juicios de los sabios del siglo, hemos de ser severamente residenciados en el tribunal del Supremo Juez. Tened siempre presente que *la prudencia de la carne es enemiga de Dios*, y quo respetar las ideas

de los hombres más que los preceptos de Jesucristo, ó creer que obramos bien porque hacemos ó dejamos de hacer lo que se halla generalmente recibido, es seguir una senda reprobada por Dios. Pidamos al Señor, como David, la inteligencia de sus santas verdades, mas preciosas y estimables que el oro y el topacio, y mas dulces y suaves que la miel y el panal. Estudiémoslas incesantemente, segun su misma recomendacion; pero que sea siempre con la sumision y docilidad que se exige en la escuela de Jesucristo. Demos gracias á Dios por lo que se ha dignado enseñarnos; pero respetando *lo que le plugo ocultar á nuestra vista, como necesario á la salvacion*: haciéndolo así, no temais ni la sutileza de la herejia, ni los sofismas de la incredulidad, ni las ilusiones con que el espíritu de mentira pretende separarnos del camino, *la verdad y la vida*, que es Jesucristo Señor Nuestro.

Depues de haberos prevenido contra las doctrinas antireligiosas en general, debemos tambien precaveros contra los malos ejemplos. A la perversion de ideas en orden al destino del hombre y á los medios de conseguirle, corresponde esa vida muelle y sensual que con mengua de su profesion religiosa llevan tantos cristianos. Lejos de sacrificar sus inclinaciones á Dios, le sacrifican por el contrario á sus perversas inclinaciones. Parecen haber olvidado que renunciaron por el Bautismo á Satanás, sus pompas y vanidades, y que á los goces criminales del siglo han de seguir las penas de la eternidad. Como si hubiera sido abolido el Evangelio de Jesucristo, ó se nos hubiera anunciado otro distinto, miran al placer como el único objetó de sus pensamientos; á las comodidades de la vida como el término de sus deseos, y á los goces de todo género como el fin de su existencia. Bien veis, hermanos nuestros, que no es este el camino que nos ha de conducir al cielo, ni el que los justos todos han seguido á ejemplo

é imitacion de Jesucristo. El espíritu de esa ley divina, de esa Religion celestial que nuestro Redentor y Maestro ha traído á la tierra, consiste muy principalmente en la mortificacion de nuestras pasiones y sentidos, y en el sufrimiento voluntario de las tribulaciones de la vida. Propónese la moral cristiana, aun en los preceptos que nos prescriben obras corporales, purificar nuestro interior y santificar nuestras almas. No nos manda ser pobres; pero nos exige el espíritu de pobreza: no nos prohíbe vivir en el mundo; pero quiere que huyamos de sus máximas y funestos ejemplos: no nos impone el deber de abrazar un estado humilde y oscuro; pero si el de que estemos poseídos siempre de la humildad: nos permite el uso de los bienes de la tierra; pero nos prohíbe el apego y desordenado afecto hácia ellos: en una palabra, quiere que nos sirvamos del mundo como si no usáramos de él. Humillar, pues, nuestro orgullo, sofocar los odios en nuestro corazon, reprimir todo deseo de venganza, y romper los lazos que nos ligan al pecado, tal es el sacrificio que nos impone la inapreciable cualidad de cristianos.

(Se continuará.)

RENUNCIACION DEL MUNDO

Y

CONVERSION DE UN PECADOR.

(Conclusion.)

De suerte que, así el llamarme
Como el haber respondido,
Uno y otro han procedido
De haber querido mirarme
Los ojos del ofendido.

Ved, alma, qué Dios teneis;
Pues en medio del pecado,
Que es cuando mas le ofendeis,
Entonces os ha llamado
Para que en su casa entreis.

¿Cómo no quedais absorta,
Y deshecha en llanto amargo,
De ver que en servir sois corta

Con quien ha sido tan largo
En lo que tanto os importa?

¡Oh Soberano Señor!

Para pagaros en algo
Tan inaudito favor,
Bien sé que es poco valor
Todo cuanto puedo y valgo.

Y pues, aunque quiera darme
Todo entero á tan gran Dios,
Tan corto habré de quedarme,
¿Qué puedo hacer sino holgarme
De ver tal grandeza en Vos?

Huélgame, Señor, de ver
Que es tan profundo el abismo
De vuestro eterno poder,
Que no hay, fuera de Vos mismo,
Quien le pueda comprender.

Y así, fue bien ordenado
Que le gozásedes Vos:
Porque quedara agraviado
Si el ser de un tan alto Dios
No fuera todo gozado.

Porque aunque os comunicais
Por tan admirable modo,
No podeis, aunque querais,
Comunicaros del todo,
Si Vos mismo no os amais.

Porque vuestra Majestad,
Como es tesoro infinito,
No puede hallar igualdad,
Segun su capacidad,
En vaso que sea finito.

Y así, pues no puedo haceros
Servicio con qué igualaros,
Quiero por siempre alabaros,
Y á lo menos ofreceros
Esto que tengo que daros.

Mi cuerpo y alma os ofrezco
Como á verdadero Dios:
Por amaros me aborrezco,
Y digo que aun no merezco
Aborrecerme por Vos.

Y porque de lo que hablo
Os den gloria, digo aquí,
Que fue convertirme á mí
Mas que convertir á Pablo,
Porque yo mas malo fui.

El, Señor si os ofendia,
Pensó á Dios servicio hacer,
Ya que por Dios no os tenia;
Pero yo, con conocer

Que sois Dios, os ofendia.

Mas vuestro poder, Señor,
Es en el obrar tan diestro,
Que no mirando mi error,
Quiere de un perseguidor
Hacer un gran siervo vuestro.

Perseguidor vuestro fui,
Porque bien se infiere y sigue,
Que, pues que yo os ofendí,
Y el que os ofende os persigue,
Yo, Señor, os perseguí.

Y confieso abiertamente
Que os persiguió mi pecado,
Y que por ser imprudente
Escandalicé la gente
Con mi mal vivir pasado.

Por lo cual, Señor, querria
Toda mi vida emplear
Con grande ansia y agonía,
En tornar á edificar
Lo que destruí algun día.

Y si el divino favor
Que agora me hace decillo
No se me acaba, Señor,
Aunque es fe de pecador,
Yo doy mi fe de cumplillo.

Por ese mundo andaré,
Y á los que á pecar moví,
¡Oh mis hermanos! diré,
Si pecais porque pequé,
Péseos, pues me pesa á mí.

Yo soy aquel que algun día
Tan perverso ejemplo os dió;
Pero ya pasó solía,
Después que Dios me enseñó
Quien soy, y á quien ofendia.

Y así os suplico, pues fuisteis
Participantes tambien
De los vicios que me visteis,
Que me sigais en el bien,
Pues en el mal me seguísteis.

Y si no quereis hacello,
Aunque yo fui la ocasión,
No puedo hacer mas en ello
De dar en satisfacion
El pesar que tengo dello.

Esto tengo que decir
Mientras que dure la vida,
Porque edad tan mal perdida
Para sabello sentir
No ha de ser menos sentida.

Y si acaso, cual confío,
Yo no pudiere ir do están,
Sepan el intento mio,
Y en mi lugar les envío
Estos versos que aquí van.

Por ellos humildemente
Pido perdon desde aquí
Del mal ejemplo que di,
Cuando loca y ciegame
A tan buen Dios ofendí.

Y amonesto al que los viere
Que deje el deleite estar,
Pues no hay que pueda quedar
Cuando dél se despidiere,
Sino tener que llorar.

A Vos, Hijo de aquel Padre.
Que sin madre os engendró,
Por el amor que os movió
A nacer de aquella Madre,
Que sin padre os concibió;

Y por la sangre divina
Que por los hombres vestistes.
Y por la carne que distes
En manjar y medicina
De aquellos que redimistes;

Y por la leche suave
De aquel sacro y santo pecho
De la que tuvo la llave
De aquel inefable hecho,
Que en solo vuestro amor cabe,

Por todo aquesto suplico
Que pongais tanta eficacia
En lo que aquí significo,
Que se conozca estar rico
Del valor de vuestra gracia:

Para que aquel que leyere
Aquesta conversion mia,
Quede tal cuando la viere
Que deje la poesía
Por lo que ella decir quiere.

Y porque, cuando haya visto
Lo que habeis obrado aquí,
Os dé mil gracias por mí,
Y tanto amor tome á Cristo,
Que no se acuerde de sí.

Para que, ya que yo quedo
Tan corto en cosa tan alta,
Haya quien supla mi falta:
Que para lo que yo debo
Es mucho lo que me falta.

Y si todo no bastare

Para ganar tanto amor,
Vuestro infinito valor
Suplirá lo que faltare,
Pues lo puede hacer, Señor.

Porque Vos ¡oh Sumo Dios!
Sois como el profundo mar,
Que, cuanto os podemos dar,
Todo nos viene de Vos,
Y en Vos mismo ha de parar,
Adonde paremos nos.

En este verso postrero
Pido me saques de mí,
Jesus, mi amor verdadero:
Recíbeme, Dios, en Tí,
Que en Tí vivo y en Tí muero.

F. LUIS DE LEON.

(La Esperanza.)

ANUNCIOS.

Se halla vacante la plaza de sacristan organista de la parroquia de Santa Maria Magdalena, única de Guadalupe en la vicaría de Toledo: su dotacion consiste en 800 rs. anuales pagados del fondo de fábrica, la tercera parte de derechos parroquiales en lo que obre con el cura y algunos otros emolumentos. Los que sean capaces de desempeñarla y así lo deseen, dirigirán sus solicitudes en término de quince dias desde la publicacion de este anuncio al párroco de la misma, D. Esteban de la Fuente.

Se halla vacante la plaza de sacristan de la villa de Yeles: su dotacion consiste en 800 rs. anuales, pagados de los fondos de fábrica, segun esta los perciba, y la tercera parte de los derechos de pie de altar. Se necesita que el aspirante se encargue de la escuela, por la que percibirá otros 800 rs. y se le dará gratis casa para vivir. Las solicitudes se dirigirán á D. José Sanchez, teniente cura de Illescas.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.